

pura extrañeza". No sale fuera de la lógica el hecho de que la mencionada extrañeza provoque preguntas sin respuesta: "Quien se dice: es sabido que a la manada le sigue siempre un cazador, y se pregunta: ¿quién es el cazador de mi manada?, ¿sabría yo reconocerlo?"; "uno que al entrar en la habitación a oscuras vuelve a preguntarse: ¿de quién es la mano que va a encender la luz?".

Este yo ajeno y solitario que parece habitar una sala de espera que se abre ¿a la vida o a la muerte? da la impresión de que trae sus palabras desde el sueño o desde la memoria: es el dormido que se repite sin cesar, pero es también el que convoca a la memoria para que recoja lo que va desapareciendo o ya ha quedado destruido. Es, finalmente, "El que sabe que por tu amor se mueven las nubes", frase ésta que es la última del poemario y que es, indudablemente, de afirmación vital, y que como todas las demás unidades termina en un punto y coma para indicar que el final puede ser aún la continuación; el sujeto, aunque fragmentado, admite más predicaciones, más *Coplas del amo*, título enigmático, aunque aquí y allá se aluda a ese ser misterioso: "Quien conoce la estricta crueldad del amo, que en época de abundancia le alimenta con pan duro". La unidad de estas *coplas* la da el discurso, que mantiene una suerte de opacidad característica de la escritura obsesiva de este poeta.

José Enrique Martínez Fernández

MERINO, Margarita. *Viaje al interior*. León: Diputación Provincial / Instituto Leonés de Cultura (col. "Provincia"), 1998, 2ª ed. (1ª ed., 1986). 142 pp.

Viaje al interior consiguió en su día el prestigioso premio de poesía "González de Lama" y apareció en la colección "provincia" que entonces patroneaba la Institución "Fray Bernardino de Sahagún". Cuantos entonces nos acercamos al libro nos declaramos deslumbrados, sencillamente porque intuimos, primeramente, que se trataba de un libro importante y, en segundo lugar, porque era una palabra de tanta fuerza que supimos que allí había una voz verdadera, capaz de hacer carne propia o carne de sus versos a cuanto rozara con su imán. Yo dije entonces -y Margarita Merino lo recuerda en una palabras introductorias- que era una poesía total, pues acogía lo íntimo y lo cósmico, la lucidez y la imaginación, lo urbano y la naturaleza, los júbilos y las desazones, la vida y la literatura; por esa poesía respiraba -respirábamos- toda una generación. Casi trece años después, agotada ya aquella primera edición, aparece de nuevo el poemario para renovar la fe de cuantos creímos -y creemos- en la palabra de Margarita Merino, que ella se encargó de afianzar en obras posteriores, como *Baladas del abismo* (1989) y *Halcón herido* (1993).

Nada de su fuerza ni de su frescura original ha perdido este *Viaje al interior*, en esta su segunda salida, vestida con los mismos ropajes que tuvo, a excepción de un prólogo inicial y una bibliografía final. Este prólogo, "Trece años después", es el inventario del tiempo ido, de las cosas y de las personas que se han ido sin remisión: libros, amigos, ingenuidades... Llega teñido por la emoción y el desencanto. Es un inventario, pero también una vuelta, cargada la escritora de más perplejidades, de más hondos viajes al interior y al exterior; vuelta a un mundo que pasó y vuelta desde

América del Norte a la provincia. Volver ¿para qué? Para recordar a los que se han ido, para recuperar viejas imágenes, antiguos sueños, "para salvar lo que queda, para cuidar de las presencias sobrevivientes y las sombras [...], para dejar fluir fuentes arcanas, para reconocer los montes y los aromas del frío". Vuelta real (aquí está Margarita) y poética (aquí está su viejo libro siempre nuevo); el libro ya no es el mismo, pues sobre él han pasado múltiples lectores y la crítica ha propiciado una pluralidad de acercamientos e interpretaciones; tampoco Margarita Merino es la misma; ahora llega cargada de superiores experiencias personales, la mayor, sin duda, la de esa voraz América del Norte en la que descubrió un paisaje y un paisanaje diferentes; en la que superó viejos dolores, pequeñas o grandes frustraciones, y aprendió a apreciar la vida por encima de todo. Desde esa distancia enriquecedora, la poeta -así quiere llamarse- sigue viendo su libro "ingenuo y premonitorio, apasionado y vibrante, lírico y épico, rebelde e intimista, pero también juguetón y ecologista, pacifista, solidario y, muchos lo dicen, 'total'". El nuevo prólogo es casi un ajuste de cuentas de la autora consigo misma. Recórralo el lector, pues también esas trece páginas están impregnadas de vitalidad.

Vayamos a los poemas: *Viaje al interior* es un título que alude a un ahondamiento en las entretelas de anhelos, sueños, ilusiones y desalientos. Dividido en cuatro secciones, la primera se titula "Gozos, desazones y júbilos", pues tales son los sentimientos que nos quiere transmitir. Siempre me ha sorprendido el vigor de esta poesía; no es sólo el vigor de la palabra que brota a borbotones, lejos de toda decadente delicuescencia, sino la fuerza interior que transmiten las vivencias de ese sujeto-mujer que alienta en los poemas y que se manifiestan en toda su hondura y extensión, descubriendo el poder de los sentimientos; si hay pasión, es incontenible; el júbilo no brota, estalla; el deseo no nace lentamente, surge de repente y se alza poderoso olvidándose de fracasados ícaros; si hay que mover el odio, se trata de romper sus diques... Esta fuerza alcanza en ocasiones grandeza cósmico-legendaria, como en estas imágenes: "Atenta a la llegada de Los Navegantes del Cosmos / que surcan las constelaciones en aves gigantes / de apariencia siniestra: / Los Navegantes que llegan silenciosos, / consultando Astrolabios, cuando las gentes duermen"; "Te levantas ingrátido sin un gesto de duda, / tan fuerte en tu deseo surges. Como si nunca / se hubieran derretido las alas de Los Ícaros. / Como si nunca se hubieran perdido en los espacios / otros navegantes solitarios, en el tiempo implacable / donde giran planetas destruidos".

"Viaje americano" es el título de la segunda sección, la más celebrada del poemario. Sigue siendo un viaje interior, al interior de los sueños. América, Latinoamérica, es aquí la expresión de un sueño, de una íntima vivencia ensoñadora, con las emociones contradictorias que la ensoñación provoca. El sujeto del presente de la escritura no sólo vive el sueño de América, sino que además aviva ese mismo sueño que anidó en su adolescencia y primera juventud; fue un sueño que nació al calor familiar y en ese calor se mantuvo, con "las literarias obsesiones de un leonés / americano nacido en La Coruña, / que te relata cambiante y giratoria": cualquiera adivinará la referencia fraternal hacia José María Merino; "Toda mi familia sucumbía / a alguna de tus seducciones": músicas de allá, canciones, cartas que llegaban de aquella lejanía... Después, las clases de historia llenaron el sueño de algunas realidades; y antes y después, la espléndida literatura de Carpentier, Sábato, Vargas Llosa, García Márquez, Cortázar, Borges, a quien la escritora dedica un cálido homenaje en el canto IV... "En las postrimerías de los atardeceres / iniciaba viajes oceánicos al tiempo ido / enfrascándome en las páginas vibrantes / de tus narradores

... / que iluminaban la mortecina vida colegial"; y la iluminaron de tal modo que el sueño que salió de sus páginas sigue milagrosamente vivo: "Tus insondables mares siguen rompiéndose / en espuma contra los malecones / de mi infancia lejana". Llegaron también los cronistas de Indias y los historiadores: en varios cantos recorre la historia americana, desde la vida indígena, pasando por la conquista (guerreros, segundones, curiosos, aventureros, religiosos, administradores, colonos, simples soñadores...), las revoluciones y el surgimiento de las nuevas repúblicas, sojuzgadas pronto por los intereses extranjeros, hasta llegar a la América sentida muy dentro por la poeta, dolida, por así decir, la América sometida a los intereses del Norte y la de la lucha guerrillera: "Pertenezco al lapso cronológico / que ha visto caer torpemente fulminados / a guerrilleros míticos que asumían / un compromiso universal y que tuvieron / la mirada más dulce en la muerte". Y la América de todos los sufrimientos, de la que murieron tantos desaparecidos, fusilados, torturados; es la América de las fosas comunes, la de los exilios, la de los curas solidarios... El sueño espoleado por lecturas y fantasías (paisajes frondosos, viejas ciudades, antiguas culturas, sensualidad penetrante, ruinas de impensable belleza, de templos sagrados...) es ahora dolor, sólo dolor. Este viaje americano es la devolución de lo mucho que América le dio, pródiga en sugerencias y fantasías; es el reconocimiento de una deuda plural, en aras de la cual la poeta se alza como voz de los agradecidos y desagradecidos, a la vez que proclama fidelidad eterna: "He de proclamar... que nadie / te arrancará jamás de mis latidos".

Nueve poemas componen la sección de "Variaciones y juegos"; en su conjunto me parecen una especie de aprendizaje vital; pero es una parte diversa, si bien contiene poemas extraordinarios, como "Mi casa", repleta de fantasía y de ternura, "Una mujer mira a la distancia", en el que se objetiva la vivencia dolorida del paso del tiempo, "Sobre los juegos" y "Un cuento de hadas". No es "Sobre los juegos" un poema del mismo nivel que los otros citados, pero es aquél en que vida y literatura se conjugan en la experiencia del sujeto poético; es también, como quiere la escritora, la reivindicación de la estética de la provincia. Ahí están, incorporados a la propia voz, en un juego intertextual que denota vecindad, simpatía, amistad y convivencia vital y literaria, *Los brazos de la i griega* y *El caldero de oro*, *Las estaciones provinciales* y *Señales de humo*, *El Transcantábrico* y *Memorial de Hierbas*, *De la diversidad* y *Mírame Medusa*, *No amanece* y *Responde, amor...*, que se unen a la cita en otros poemas de *Descripción de la mentira*, *Los cercos*, *Memoria de la nieve*, *Astrolabio*, *Cumpleaños lejos de casa*, *La orilla oscura...* Ricas experiencias lectoras y connivencias amistosas en las que los nombres de Crémer, Gamoneda, Colinas, Llamazares, Pereira, Merino, el apócrifo Sabino Ordás, Luis Mateo, Aparicio, Delgado, Llamas, Fierro..., componen el mapa (recordemos, 1986, fecha de la primera edición) de la literatura provincial de mayor empuje. Margarita Merino ha hecho vida de la literatura y literatura de la vida.

Cité también el tierno, atribulado y finalmente iluminado poema "Un cuento de hadas", composición alegórica de un estado de ánimo inicialmente confuso, de un tiempo de congoja íntima que aboca a la luz, cuando llega el Príncipe extranjero, "alto, valiente y compasivo", despertando la ilusión que se creía apagada, la generosidad recíproca, la amistad y el amor compartidos. El poema pudiera ser el prólogo de la sección final, titulada "Epílogo", bellísimo poema en siete partes, derroche de miradas, sentires, amor y ternura. Un príncipe druida y un sujeto femenino que proclama a los aires: "Estoy enamorada: voy cantando dulcemente / inundada de gozo". Paseos, pequeños deleites en la contemplación del paisaje más

cercano... Todo un mundo breve impregnado de ese amor que los ojos jubilosos vierten sobre el mundo: huertos mínimos, empalizadas, tierras de cultivo, pájaros comunes, frutales, ramas, ortigas, hierbas... Qué hermosa imagen -y qué poder de sugestión- sobre el paso rápido del verano: "Porque un amanecer, mucho antes del alba, / habrán pasado los pintores invisibles que cabalgan / los vientos, tiñendo con sus brochas los campos / de ocre y de tonos apagados...". Sólo un paréntesis de cruda realidad enturbia la actitud de fervorosa contemplación: la realidad de los pantanos, de las tierras anegadas, que precipita una poderosa fantasía sobre la destrucción total. Desechada la amenaza que se cierne sobre este *locus amoenus*, vuelve la morosa contemplación de fuentes y aguas cristalinas, con un sentimiento de pureza natural y de amor a todo ("es el amor a lo doméstico el que torna justos a los hombres"); aquí y así, "qué fácil parece la armonía"; también el ensueño al regresar al ocaso hacia el pueblo que se ve a lo lejos quieto, en calma. La dicha, tan sencilla, tan elemental, es tal que sólo cabe desear que perdure y que todos los seres puedan gozarla. Sólo la sombra inevitable de la incertidumbre puede amenazar ese futuro que se refleja en los ojos magos de esa niña... La palabra se dulcifica, lejos de otros sobresaltos, identificada como está con la vivencia amorosa; se abre a la serenidad, a la detenida contemplación de unas miradas limpias, a la dicha de vivir así, con el ánimo de que nunca pueda ser de otra manera.

Esta es la lectura (relectura) que hoy hago de *Viaje al interior*, desde la admiración y el gozo. Al igual que sobre el libro de Margarita Merino, también sobre el crítico han pasado los años, pero no han podido arrebatarle la capacidad de amar lo que una vez amó.

José Enrique Martínez Fernández

NAVAS OCAÑA, María Isabel. *Espadaña y las vanguardias*. Almería: Universidad, 1997. 234 pp.

Espadaña fue una revista de poesía y crítica que vivió durante 48 números entre los años 1944 y 1951. Fue una existencia considerablemente larga tratándose de una revista de provincias que tuvo que sortear múltiples dificultades. Posteriormente ha sido objeto de numerosos estudios, desde simples artículos hasta tesis doctorales. Su fecundidad parece inagotable, a juzgar por el interés que sigue suscitando. La última muestra de tal interés es este libro de María Isabel Navas Ocaña, de título bien expresivo: *Espadaña y las vanguardias*. Se trata de estudiar la actitud de la revista hacia las vanguardias, desde el perfil rehumanizador que ofreció, en el que se ha visto el germen de la poesía social, tendencia dominante durante la década del 50 y parte de la siguiente.

Como muchos de los que se han ocupado de *Espadaña*, Navas Ocaña comienza analizando el artículo que González de Lama publicó en el número seis de la revista *Cisneros* (1943) con el título de "Si Garcilaso volviera...", considerado por uno y por otros el verdadero manifiesto de la revista leonesa. En relación con las vanguardia, dicho artículo se asentaría en tres ideas básicas: poesía pura, vanguardia y garcilasismo son variantes formalistas que el articulista agrupa bajo el nombre de clasicismo; la valoración